

LAS DETERMINANTES HISTORICO-POLITICAS DE LA SITUACION AGRARIA

(OLIGARQUIA, BURGUESIA Y PUEBLO EN LA SOCIEDAD IBEROAMERICANA)

Por

JOSE LUIS RUBIO *

Abogado

Profesor encargado de cátedra en la Facultad de Ciencias Políticas,
Económicas y Comerciales de la Universidad de Madrid

«El hambre en América se instaló como una consecuencia de la explotación de tipo colonial en sus tierras; del régimen de latifundio y de monocultura, que llegaron aquí a los límites máximos de exageración para servir exclusivamente a los insaciables apetitos mercantiles de las metrópolis colonizadoras, deseosas de obtener por precios ínfimos los productos de base y las materias primas indispensables a su industrialismo próspero. Se expandió de esta forma, en los países latinoamericanos, una agricultura extensiva de productos de exportación, en lugar de una agricultura intensiva de subsistencia capaz de matar el hambre del pueblo. Cada área o cada país se dedicó a una especialización nociva que subvirtió por completo el equilibrio ecológico de sus cuadros naturales y agravó mucho la carencia y la penuria alimentaria de cada región. Al colonialismo político siguió la presión del capital colonizador extranjero, instrumento de acción del neocolonialismo económico, disfrazado pero no menos nocivo.

Fué así que Cuba pasó a producir casi solamente azúcar, y el Brasil y Colombia casi solamente café. Que América Central pasó a sustentar el imperio del banano, Bolivia el monopolio del estaño y Venezuela el «trust» del petróleo, para citar tan sólo los ejemplos más significativos».—JOSUÉ DE CASTRO.

NEGACIÓN DE IBEROAMÉRICA

He leído en algún libro una anécdota de los tiempos de plenitud expansiva del Imperio inglés, exactamente de la época vic-

(*) Profesor encargado de la Cátedra de Ideas y Movimientos Sociales en Iberoamérica, de la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid.

toriana, relativa a un país de Iberoamérica. Se refiere, aunque no me consta plenamente la autenticidad del hecho, que en ocasión de que un representante diplomático inglés en Bolivia se había enemistado con el dictador del país, Mariano Melgarejo, éste, hombre que no se andaba con finuras protocolarias, hizo atar al enviado de Su Graciosa Majestad en un burro y lo exhibió de esta guisa, no excesivamente elegante, por las calles principales de La Paz.

Cuando la Reina de Inglaterra, nada menos que la reina Victoria, conoció el afrentoso incidente, preguntó sobre la situación de Bolivia, cuya colocación en el mapa americano desconocía. Comprobó así que no era muy posible someter a este país a una represalia completa, a cargo de la entonces todopoderosa Armada británica. La reina Victoria encontró, no obstante, otra forma de venganza. Tomó un lápiz y tachó con una cruz al país entero. La cabeza reinante del inmenso Imperio cruzó con sus trazos definitivos la silueta del lejano y desconocido país y expresó: *Bolivia ha dejado de existir.*

He traído a colación esta anécdota de hace un siglo, porque la encuentro en alguna medida simbólica. Encuentro que, cuando se abre para el mundo iberoamericano el siglo presente, cuando comienzan a correr los 900 en que vivimos, la realidad de este mundo de lenguas ibéricas de América se encuentra en una condición tal que, en cualquier momento, los grandes poderosos de la tierra podían decretar, con un simple trazo de lápiz, la desaparición total del continente iberoamericano.

Cuando se inicia el siglo xx, digámoslo con plena sinceridad, Iberoamérica no existía.

Es evidente que, desde el punto de vista geográfico y humano, estaba ahí, tendida entre dos océanos, desde el Río Grande hasta el Cabo de Hornos. Pero no se trata de eso. Se trata de que no existía verdaderamente como algo colectivamente diferenciado en el mundo con personalidad propia suficiente. Existiendo en las más íntimas realidades de su pueblo personalidad y potencialidad asombrosas, cara al exterior no existía ni potencia ni personalidad. Iberoamérica no aparecía como una zona humana, histórica, diferenciada. Iberoamérica era, ante el mundo, algo perfectamente discutible, perfectamente asimilable por otras zonas humanas. Cabía la posibilidad de que, en un plazo más o me-

nos corto, Iberoamérica fuera devorada, asimilada, por un mundo cultural, económico y político distinto.

Sobre la misma existencia diferente de Iberoamérica se levantaba una angustiosa interrogante. Recordemos la voz, estremeada de ansiedad, de zozobra, de Rubén Darío preguntándose ante el cuello interrogante de los cisnes:

«¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?»

«¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?»

Esa posibilidad, que ponía temblores de angustia en el verso de Darío, no se ocultaba a los hombres preocupados por el porvenir de nuestro mundo ibérico. Podíamos ser entregados a los bárbaros fieros, podíamos ser subsumidos por la realidad imperial anglosajona, podíamos morir para la historia deglutidos por cualquier ambición vigorosa.

Recordemos, como un solo dato, que hace innecesario cualquier otro, la afirmación de un presidente norteamericano, William Howard Taft (1909-1913), en 1912:

«No está lejos el día en que tres banderas estrelladas señalarán, en tres puntos equidistantes, la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro de hecho, como lo es ya moralmente en virtud de nuestra superioridad de raza.»

Aún hoy día —aunque en este medio siglo la personalidad de Iberoamérica ha quedado definitivamente afirmada— nos encontramos con el hecho doloroso de que es una de las tres grandes zonas subdesarrolladas de la tierra.

Cuando hoy nos enfrentamos con el panorama del mundo, lo primero que sorprende a nuestros ojos es este hecho de la presencia de las zonas subdesarrolladas de Asia y Africa. Y nosotros, gente del mundo ibérico, percibimos que junto a esas dos grandes zonas subdesarrolladas, surgidas ahora a la vida legalmente independiente, se encuentra, también como subdesarrollada, la zona iberoamericana, que consiguió la independencia legal hace siglo y medio.

La comprobación de este hecho actual, y sobre todo la conciencia de la problematicidad del mismo ser histórico iberoamericano cuando termina el siglo XIX, nos lleva a hacernos una pregunta: *¿Pues no era, cualquiera de los virreinos iberoamericanos, a*

finales del siglo XVIII, más rico, más avanzado, que el pobre conjunto de las trece colonias inglesas que van a formar los Estados Unidos?

Efectivamente, los virreinos eran más poderosos, más cultos, más ricos, más avanzados, más prósperos —sin ser, desde luego, en el aspecto económico ninguna maravilla— que las posesiones británicas. Para muchos criollos, incluso era evidente que el porvenir del mundo iba a pasar de manos de la vieja Europa a manos de la nueva Hispanoamérica.

Al cabo de un siglo y medio el traspaso de la dirección occidental se ha hecho a los Estados Unidos y no a los países del sur. Al cabo de siglo y medio, la potencialidad económica de los Estados Unidos representa una producción fabulosa, del 50 por 100 del total mundial, y los países iberoamericanos son un conjunto disperso de Estados subdesarrollados, semicoloniales, con el hambre o la insuficiencia alimenticia haciendo presa en dos tercios de su población.

El cambio de planos históricos es un hecho dramático, cuya brutalidad aplastante no puede ocultarse. Forzoso es convenir que, si bien es cierto que hay una serie de razones parciales para explicar la diferencia entre un proceso norteamericano y un proceso nuestro —desde la diferente infraestructura del país a la diferente idiosincrasia de los habitantes—, tiene que haber algo más profundo, algo más definitivo, que nos dé la explicación última. Es forzoso convenir en que alguna especie de cáncer nos ha ido comiendo las entrañas, matándonos toda posibilidad de desarrollo.

EL DESAFÍO INDUSTRIAL INGLÉS.

A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX todas las sociedades culturalmente avanzadas, tanto de Europa como de América, se encontraron con idéntico desafío: el desafío de la industrialización inglesa.

Inglaterra, con unas condiciones infraestructurales muy propicias para ello, aparece como la pionera del proceso industrializador moderno. Una serie de descubrimientos técnicos de incalculable trascendencia, rápidamente aplicados a la producción,

permiten una rápida inundación de los mercados con artículos manufacturados a precios con los que no puede competir la artesanía. La máquina, aplicada a la manufacturación, da a la Gran Bretaña una ventaja incalculable sobre los demás países. Sus productos pueden barrer en unos años cualquier competencia, al tomar por sorpresa a las realidades económicas extranjeras que aún no han comenzado el proceso industrializador.

Sólo un obstáculo puede encontrar la invasión comercial inglesa: la voluntad de los otros países de cerrar el camino a sus productos, por lo menos hasta que en el interior de cada uno de ellos no se haya formado una industria tan avanzada como la inglesa, no teniendo entonces temor a la competencia.

Pero Inglaterra, para deshacer esta posible defensa, tiene un arma ideológica eficaz: la exportación, por delante de sus manufacturas, de sus ideas del «librecambismo comercial internacional». Los ingleses propagan la doctrina de que la libertad del comercio internacional es lo que se encuentra verdaderamente de acuerdo con la propia naturaleza de la economía. El librecambismo —no ya en el interior, que es cuestión distinta, sino en lo internacional— es enseñado como un verdadero dogma. La trampa de esta dogmática, exportada por Inglaterra, ya fue vista lúcidamente por Federico List.

«List —señala Sieveking— concedía que en su época pudo ser exacto el pensamiento smithiano de que con el libre cambio se establecería una división del trabajo en que cada país practicaría aquel ramo de producción en que se dieran las condiciones más favorables para su época. Pero la aparición de las «máquinas» había cambiado por completo el cuadro. La «gran revolución industrial» realizada en Inglaterra... había permitido a Inglaterra tomar tal delantera, que el propio librecambio le permitiría destruir todos los intentos del extranjero encaminados a lograr la independencia fabril.

Sólo podría compensarse la desventaja mediante una protección aduanera que exigiera a los consumidores un sacrificio transitorio, pero a cuyo amparo pudiera desarrollarse una industria que, robustecida mediante la competencia interior, llegara en definitiva a poder medirse con la concurrencia extranjera y abasteciese al mercado nacio-

nal a precios más bajos. Recomendaba para ello List una «aduanas educadora» sobre «manufacturas» como medida transitoria.» (Sieveking, «Historia Económica Universal», Madrid, 1941, pág. 272.)

El desafío industrial inglés no queda, pues, sin respuesta. Desde Europa, Napoleón cifra sus ambiciones en realizar una unidad continental que imponga el cerco a las Islas Británicas. Las puertas de Europa se cierran, en virtud de la expansión napoleónica, a la penetración de las manufacturas del otro lado del Canal de la Mancha.

La reacción napoleónica no logró su objetivo plenamente, como sabemos, en virtud de que la habilidad inglesa y las propias torpezas del Emperador liquidaron la unidad defensiva de Europa.

Pero, fuera cual fuere el desarrollo posterior de esta respuesta, nos interesa, desde nuestro punto de vista iberoamericano, considerar las que van a dar dos realidades por entonces tan dispersas, tan agrícolas y tan atrasadas como eran entonces las trece colonias inglesas recién independizadas o los Principados de la Alemania, aún sin unidad nacional.

La respuesta de los Principados alemanes a lo largo del siglo XIX, y precisamente debido en gran parte a la influencia de las ideas de List, es la progresiva realización de una Unión Aduanera, el famoso «Zollverein», antecedente, con su paralelo norteamericano, de los actuales Mercados Comunes. Por esta vía, años más tarde, se llega a la gran aspiración histórica, a la creación de la Confederación Germánica. La respuesta a Inglaterra ha sido espectacular. Merced a ella, la nueva Alemania puede también, en su día, incorporarse a los predicadores del librecambismo internacional.

Por parte de las colonias norteamericanas, la respuesta es de igual rotundidad. En los primeros tiempos realizan una política dispersa, careciendo incluso de gobierno común por una docena de años. Ello conduce al fracaso. Y los hombres responsables del nuevo país lo perciben y ponen remedio. Ya en 1789 se levanta una unión aduanera protectora frente a Inglaterra. El proteccionismo, a todo lo largo de la primera mitad del siglo XIX, es defendido por el Norte fabril, triunfando definitivamente desde

1816. Pero el Sur, agrícola y esclavista, se siente perjudicado. No tardará en estallar el gran choque de las dos tendencias, en la guerra de Secesión. El Norte, consciente de los intereses nacionales que han desarrollado su revolución burguesa industrial, necesita abolir la estructura económica del Sur, aún unida a Inglaterra comercialmente; necesita hacerse con el algodón sureño que aún camina hacia la vieja metrópoli. Los Estados Unidos, con la victoria nordista, realizan así no sólo la «liberación» de los esclavos negros, sino también la plenitud de su propia independencia como nación. A partir de este momento, el desarrollo económico del mundo norteamericano adquiere un ritmo vertiginoso, que en menos de un siglo lo colocará en el primero de los puestos en el círculo de las grandes potencias.

En resumen, tanto Alemania como los Estados Unidos dieron a la proposición inglesa una respuesta que puede cifrarse en estos dos puntos:

Primero. Redujeron a unidad la diversidad. Por encima de las fuerzas centrífugas, supieron imponer las fuerzas centrípetas de cohesión. Cada una de sus parcelas locales se planificó a la postre, se elevó y se engrandeció, en el engrandecimiento del conjunto. No tuvo cada Estado o cada Principado una bandera propia, pero la gran bandera común, poderosa y respetada en el mundo, hizo más poderoso y respetado a cada Estado y a cada Principado.

Segundo. No aceptaron la idea de la división internacional del trabajo, el que unos países fueran industriales y poderosos y otros fueran agrícolas, ganaderos o mineros atrasados, productores de materias primas y alimentos para los primeros. Por el contrario, supieron alzar su propia industrialización mediante protecciones aduaneras conjuntas, mediante lo que hoy se llaman Mercados Comunes, en cuyo seno germinó la transformación industrial hasta que alcanzaron producción competitiva.

La trampa librecambista inglesa fue, pues, rechazada. No es ocioso recordarlo hoy, cuando los mismos que no se dejaron cazar entonces predicán el viejo truco inglés. Recordemos que, a mediados del pasado siglo, un Presidente norteamericano daba con cierto humorismo una aguda respuesta a los industriales manchesterianos que le exhortaban a acatar el librecambismo:

—*No dudo*—les decía, poco más o menos— *que mis conciuda-*

danos, dentro de 200 años, compartirán sus ideas, cuando hayan alcanzado su nivel de desarrollo.

Pero si unas puertas se cierran, otras se abren.

Lo vamos a ver. El historiador argentino José María Rosa ha escrito recientemente, sintetizando esta respuesta de la que hemos estado hablando:

«En 1804, Napoleón inicia la política del bloqueo continental contra Inglaterra. Por las armas o por alianzas provechosas es dueño del continente, y cierra los puertos a la entrada de productos ingleses (lo hace como una defensa de la producción, aún artesanal, europea y también como un recurso de guerra formidable: Inglaterra vive de la exportación de sus productos, y si ésta cesara, sobrevendría la más terrible de las crisis económicas: la de superproducción, con su secuela de cierre de fábricas, hambres, huelgas y revoluciones).

»Desde 1804 Inglaterra necesita imprescindiblemente mercados de consumo. Es cuestión de vida o muerte la colocación en el exterior de su producción. Napoleón, dueño de Europa, ha cerrado los puertos continentales. Estados Unidos (que nunca creyó en el liberalismo, sino como política para la exportación) se ha encerrado en una fuerte barrera aduanera para defender sus mercancías artesanales contra la competencia inglesa. Los pueblos de Asia y Africa, fuera de las pocas pobladas colonias holandesas, no son mercados de consumo para los hilados y tejidos ingleses. De allí que al Reino Unido se le haga cuestión vital conseguir el dominio económico de la América española.» («¿Qué significó la libertad de comercio para la capital del virreinato en 1809?», en «Nuestro Pueblo», Buenos Aires, 20 de julio de 1960.)

En la América española va a encontrar, por fin, un eco la voz inglesa. El Río de la Plata le apetece sobre todo. Y lanza expediciones bélicas a su conquista.

No consigue su objetivo militar. La población platense rechaza las invasiones. Pero los oficiales ingleses prisioneros —relativamente prisioneros— cultivan la sociedad bonaerense con sus enseñanzas librecambistas. Más tarde, Inglaterra se cobra la ayuda prestada a España en su Guerra de Independencia contra Na-

poleón, consiguiendo franquicia comercial con América. Los nuevos virreyes introducen la nueva política. Pero ya es tarde. El movimiento emancipador está en marcha.

Y la Iberoamérica independizada de España dará una respuesta distinta a la norteamericana o la alemana al desafío británico. La Iberoamérica independizada va a quedar inmediatamente bajo el control de la oligarquía criolla, cuyos intereses coinciden exactamente con el librecambismo inglés.

Este hecho del monopolio oligárquico de las nuevas regiones independientes, significa —a mi modo de ver— el verdadero cáncer, la verdadera causa definitiva y profunda del atraso iberoamericano.

Por los tiempos en que dos futuras grandes potencias mundiales —Estados Unidos y Alemania— abandonaban sus economías agrícolas primitivas para constituirse en fuertes núcleos manufactureros, mediante el expediente de la unificación y la defensa aduanera común frente a los países más evolucionados, el triunfo de la oligarquía terrateniente, de mentalidad colonial, en los pueblos iberoamericanos, hace fracasar todos los intentos de unidad e impone el levantamiento de altas murallas internas, y abre al extranjero, a las nuevas metrópolis industriales, las puertas que cierra al hermano.

Mientras que los conductores de Norteamérica pretendían alcanzar su propio beneficio a través del beneficio general, de la prosperidad nacional de su país, la oligarquía iberoamericana —y de ahí precisamente su carácter de oligarquía— pretendía alcanzar su beneficio directamente, a expensas del sacrificio del país.

LAS DOS INDEPENDENCIAS

El proceso parte de la misma índole económica del Imperio español. En este Imperio, tan espléndido y positivo en otros aspectos, económicamente no marcharon las cosas bien. Las únicas cosas que contaban en él eran la *tierra* y el *oro* —tierra para las minorías, oro para el Estado—. Los talleres, la artesanía, la incipiente industria manufacturera, todo lo que había tenido en épocas anteriores un precedente de larga tradición artesana, se encontraba hundido y depreciado.

El oro —y los demás metales preciosos— como soporte de la riqueza del Estado significaba: por un lado, que en cualquier momento, sin transición, sin adaptación posible, podía pasarse de la riqueza a la miseria, en un solo golpe adverso de la fortuna; y, por otro, que la distribución de la riqueza era completamente anti-social, frente a la fuerza de comunicación que se impone, si no a la corta, por lo menos a la larga, en un adelanto económico verdadero. La miseria y el abandono de los pueblos peninsulares asombra a los visitantes europeos, junto a la potencia y el aplastante protocolo del Estado. España es un país de clérigos sin vocación, pícaros y mendigos, como describe perfectamente la novela picaresca.

Pero la miseria general básica venía a hacer de la riqueza de la Corona algo totalmente irreal, expuesta a un simple soplo distinto de la suerte histórica. El oro, por sí sólo, no podía dejar de imponer su sino permanente, no podía dejar de ser injusto en su reparto y tornadizo en su posesión.

América era para la península el manantial de la infecunda riqueza de los metales preciosos. En ella, la nueva aristocracia de los encomenderos tuvo progresivamente manos libres para crear su poder territorial, arrebatando con demasiada frecuencia la tierra a los indígenas. Los productos de estos latifundios, de estas vastas haciendas americanas, no tenían mucha salida en la península. La Corona quería impuestos, oro y plata contantes y sonantes, para alimentar sobre todo sus empresas europeas y dinásticas.

Oro y plata que se vertían en Europa y contribuían a su desarrollo. A diferencia de lo que serían más tarde los Imperios coloniales modernos, el Imperio español no utilizó los territorios ganados para enriquecer a la metrópoli mediante una multiplicación extensa de talleres de elaboración de materias primas obtenidas en aquéllos. España —hecho evidente que muestra su lejanía de cualquier imperialismo económico— no consumía materias primas.

Puede decirse que, por el contrario, mientras la empresa americana era una tarea popular, la más asombrosa hazaña histórica de España, por otro lado, el Estado y las minorías unidas a él, con excesiva frecuencia no vieron en ella, pasado el sentido mi-

sional de los primeros años, más que una inmensa e inagotable mina de metales preciosos.

Se produjo así un doble hecho:

Primero: el pueblo se volcó, se entregó a América, sin mezcla alguna de imperialismo, pues la totalidad de España no se benefició de América, sino que se desangró y empobreció. (La obra de América fué una acción popular, no minoritaria y oficial, como señala con asombro Ortega en su «España invertebrada»).

Segundo: el Estado realizó una política dominadora en su propio provecho, sin hacer partícipe a la nación.

(Claro que todo esto es en líneas generales. Claro es que caben todas las excepciones y matizaciones que se quiera. Pero nada de ello puede deshacer, ni de lejos, su verdad esencial, basada en la comprobación evidente de dos hechos que no son explicables con otra interpretación: en primer lugar, de América se extrajo cuanto oro y plata se pudo; en segundo lugar, el pueblo español se empobreció.)

Los terratenientes criollos de América no podían exportar a España las materias primas que producían o podían producir, porque España no tenía, ni remotamente, capacidad suficiente de consumo. Resultaba una palpable contradicción: económicamente los virreinos tenían capacidad colonial, mientras España no tenía capacidad metropolitana. La lucha de los latifundistas americanos durante muchos años buscaba una metrópoli económica verdadera, ya que la península se negaba a serlo.

La Corona se resistía a abandonar el monopolio que determinados puertos españoles ejercían sobre el comercio americano; pero, al mismo tiempo, no ofrecía una industria manufacturera capaz, habiendo, por el contrario, destruido la espléndida tradición medieval y entregado en manos de genoveses y flamencos establecidos en la Península, el comercio de Indias que negaba a los catalanes.

No podía ello dejar de provocar en los terratenientes criollos deseos de independización de España. Pero también ello provocaba al mismo tiempo, pese a diversas y reiteradas prohibiciones, una incipiente floración artesana y de industrias de transformación, nacida por la necesidad de suplir productos que España elaboraba escasísimamente y que tampoco dejaba comprar en otros países europeos de economía manufacturera.

«Las provincias mediterráneas —dice Jorge Abelardo Ramos, con relación a la Argentina, a este respecto— vivían únicamente de los recursos del mercado interno y de sus industrias territoriales, nacidas de la insuficiencia industrial española, que nunca había podido abastecer a las colonias americanas. Como el monopolio virreinal cerraba el paso a los productos ingleses competitivos, las industrias argentinas del interior florecieron. Grandes sectores de nuestra población autóctona reposaban en esa producción industrial precapitalista. Los vinos, aguardientes y frutas secas de Cuyo; los tejidos cordobeses, los minerales, algodones y ganados de Catamarca y la Rioja; los alcoholes, suelas y tejidos salteños, constituían el fundamento económico de todo el interior argentino.» («Revolución y contrarrevolución en la Argentina»; Buenos Aires, 1957, página 31.)

Así nos encontramos con que cuando se va a producir el fenómeno de la independencia, los grupos sociales que aparecen en la sociedad iberoamericana, aparte del compuesto por los funcionarios y comerciantes españoles, son los siguientes:

En primer lugar, la gran masa del pueblo, campesino casi en su totalidad, compuesto de indios, mestizos y blancos pobres (todavía más allá está la masa negra de esclavos), sometidos a explotación principalmente por los criollos ricos, contra los que, en ocasiones, son defendidos por los propios funcionarios peninsulares.

En segundo lugar, y sólo en forma naciente, un pequeño sector burgués o pre-burgués, compuesto de artesanos acomodados y dueños de los talleres de elaboración manufacturera, situados, casi siempre, en el interior.

En tercer lugar, la reducida oligarquía criolla, compuesta por los terratenientes principalmente, que detenta el poder económico-social, pero no político.

Como puede comprenderse, los intereses del pueblo campesino se orientaban hacia la recuperación o el reparto de las tierras, hacia una reforma agraria anti-latifundista. Los intereses de la incipiente burguesía manufacturera se orientaban hacia la protección aduanera, hacia la continuación de la situación, eliminando de paso algunas trabas impuestas desde la península, por lo

menos en una primera etapa de desarrollo hasta alcanzar costos de producción competitivos. Por su parte, los intereses de la casi todopoderosa oligarquía latifundista se orientaban hacia la exportación sin impedimentos, hacia el pleno librecambismo comercial.

Los intereses sociales del pueblo y los intereses comerciales de la oligarquía se van a manifestar en dos tiempos distintos, en dos oleadas sucesivas del movimiento independizador. Porque, frente a las versiones estereotipadas de la historia oficial, no hay un movimiento independizador único y continuo: hay dos movimientos de Independencia claramente diferentes, discontinuos, con motivaciones y objetivos absolutamente diversos.

El pueblo plantea sus exigencias en una primera oleada independizadora. Sus primeros conatos rebeldes, unas veces en forma puramente indígena y otras más general —mestiza, podríamos decir—, alzan su protesta social con ansias de tierra. Y es importante señalar que el clero bajo —Muñecas en Bolivia, y las extraordinarias figuras de Hidalgo y Morelos en México, por ejemplo— toma un papel directivo fundamental en estas manifestaciones subversivas. Estas luchas son una batalla, medio religiosa medio social, contra los detentadores de la tierra. Pero estas luchas son repetidamente aplastadas por la administración peninsular, y, sobre todo —es importante destacarlo—, por la oligarquía latifundista local, que se defendía así contra el máximo peligro. Es evidente que el solo esfuerzo de la Corona, sin ayuda criolla, no hubiera podido desarticular el movimiento de subversión social y de independencia americana.

La cabeza de Hidalgo es cortada y exhibida, como un siglo después la de Zapata.

Aplastada esta primera oleada independizadora y de redención social, de la que puede servir como máxima figura simbólica el propio Hidalgo —¡infinitamente mejor símbolo, digámoslo de paso, de la actual subversión iberoamericana que el lejano Lenin o el lejano Mao!—, es precisamente la oligarquía victoriosa sobre ella la que va a realizar inmediatamente después los conatos rebeldes que alcanzarán el triunfo, pero, desde luego, manteniendo siempre al pueblo en segundo término, es un segundo plano de silenciosa servidumbre, escarmentado de toda rebeldía social. Las masas, por regla general, no están presentes en esta Independencia iberoamericana.

Como hemos señalado, la oligarquía, bajo las invocaciones a la libertad, y pese a las nobilísimas ambiciones de unos cuantos Libertadores ilustres y verdaderamente patriotas, patriotas de la gran Patria iberoamericana —que incluiría más tarde a la misma España—, busca ahora, verdaderamente, auténticamente, no una Independencia, sino una Metrópoli. Busca desligarse de España, no porque era Metrópoli, sino porque no lo era.

Lo que buscan los Libertadores es *la libertad política*, una Patria libre que fundar. Lo que buscan los terratenientes criollos es *su libertad comercial*, en definitiva, una Metrópoli a la que servir.

Se busca una Metrópoli de verdad, que consuma materias primas, que colme las aspiraciones de los estancieros criollos convirtiéndoles en ricos y poderosos exportadores. Y al mismo tiempo obtener las riendas y los cargos de Estados «soberanos», aunque sean ridículos.

El control oligárquico de los nuevos países, que con un paradójico malabarismo dialéctico van a tomar formas constitucionales del más puro democratismo, es un hecho innegable; el hecho decisivo y fundamental de este momento histórico de Iberoamérica.

Iberoamérica vive una curiosa Revolución Francesa hecha por los aristócratas, no por los burgueses y el pueblo. Son los aristócratas los que cortan la cabeza del rey —la vinculación a España—.

El historiador español Hernández Sánchez-Barba nos habla del criollismo como «sujeto activo del movimiento emancipador», defendiendo «intereses de grupo y no de categoría nacional».

«Los criollos, enriquecidos por el comercio y la propiedad, y formados intelectualmente en principios liberales, aspiraban al usufructo del poder, desde el cual podrían proceder a las necesarias reformas del chirriante aparato administrativo y al desarrollo de la vida económica, haciendo desaparecer los monopolios metropolitanos. Para conseguir este objetivo tenían que enfrentarse con la mentalidad colonial hispánica, y en la búsqueda de fuentes de inspiración ideológica ¿dónde mejor encontrarlas que en las emanadas del pueblo que, desde el siglo xvi, era el gran antagonista del Imperio español? Efectivamente, Inglaterra, centro motriz de la ideología revolucionaria oc-

cidental, se constituyó en el paradigma doctrinal en el que bebieron los criollos hispanoamericanos, adecuando las teorías a sus intereses sociales.»

«Al margen, como factores pasivos, quedan los indios, para quienes resultaba incomprensible el significado e ideología de la independencia; los negros, en su inmensa mayoría, sumidos en la esclavitud y, por consiguiente, sin consistencia social; y los mestizos, dependientes social y económicamente de los grupos sociales blancos. En todo caso, ninguno de los pertenecientes a cualquiera de estas categorías étnicas era capaz de asimilar los fundamentos ideológicos y doctrinales en que se apoyaba el movimiento emancipador y, por consiguiente, tenían que quedar a un lado, sin nutrir los cuadros minoritarios y directivos de la acción subversiva, íntegramente asumidos por los criollos.» («Los Estados de América en los siglos XIX y XX», en la obra dirigida por VICENS VIVES: «Historia social y económica de España y América», Barcelona, 1959, págs. 520 y 522 del volumen V.)

El momento no se presentaba, pues, absolutamente perdido para la unidad del Imperio hispánico. Bastaba con haber enfrentado a aquella revolución política criolla una revolución social de todo el vasto ámbito ibérico —peninsular y americano—, para haber puesto en marcha una réplica efectiva a la disgregación,

Hace poco nos recordaba el historiador uruguayo Pivel Devoto cómo hubo un momento de posible reconstrucción de la gran unidad, momento coincidente con las Cortes gaditanas, y cómo el retorno del absolutismo fernandino destruye, a partir de 1814, toda posibilidad de reintegración.

La abolición de las formas constitucionales, la reinstauración de la monarquía absoluta, tiene en Iberoamérica la triste eficacia de desaprovechar el gran momento que posibilitaba una nueva unidad, libre e igualitaria entre las partes, y de entregar al movimiento emancipador una eficaz arma dialéctica que le permite engrosar sus filas, hasta ese momento reducidas a la pura oligarquía.

«El regreso de Fernando VII y la derrota de la revolución ibérica —escribe el argentino Ramos— fue nuestra derrota. La victoria absolutista acarrió a España un siglo

y medio de frustración del que aún no se ha repuesto y nos lanzó a la independencia, para no regresar a la reacción absolutista.»

«Pero esa independencia, privada de un núcleo centralizador, nos costó la unidad nacional.» (O. c., pág. 23.)

DOMINIO OLIGÁRQUICO.

Efectivamente, el control oligárquico determina dos consecuencias generales que abarcan un sinnúmero de repercusiones de diverso tipo y que son exactamente las dos contrarias a la respuesta que norteamericanos y alemanes habían dado al desafío inglés.

En donde éstos redujeron la dispersión a unidad, la oligarquía criolla redujo la unidad a dispersión. En donde aquéllos establecieron defensas aduaneras protectoras, la oligarquía criolla afirmó el dogma absoluto del librecambismo comercial.

Sin patriotismo superior, por encima del localismo, la unidad se fragmentó. Sin defensa aduanera, cada fragmento se convirtió en colonia de las nuevas Metrópolis industriales.

La unidad total se disgrega en seguida, después desaparecen las unidades regionales, la misma Centroamérica se fragmenta aún más, Panamá se desgaja de Colombia casi en nuestros días, y al mismo tiempo México pierde más de la mitad de su territorio a manos de su vecino del norte. Todos los intentos unitarios abortan antes del logro más pequeño. Entre banderas nacionales, himnos nacionales, días patrios y padres de la Patria, se fue matando, cercenando la única Patria, la única nación verdadera, la gran unidad con capacidad de acción en la Historia universal.

El mismo Ramos, que no es, ni con mucho, un hispanista, sino un marxista trotskysta, lanza su protesta por encima de todos los «tabús» oficiales:

«Aquella grandiosa nación que midieron las espadas de Bolívar y San Martín, es amputada en veinte Estados; aquellos ejércitos de argentinos, colombianos y orientales, alto-peruanos, venezolanos y chilenos que, mezclados, combatieron contra la reacción absolutista en América, se disociaron en dos docenas de ejércitos opuestos. Allí están,

montando la guardia en las fronteras de nuestro aislamiento. Así se elaboró el mito antihistórico de nacionalidades que jamás existieron en el común origen y que son el símbolo provincial de nuestra debilidad frente al imperialismo moderno. La nación, que hasta 1810 era el conjunto de América hispana, y en cierto sentido, también España, se disgrega en una polvareda difusa de pequeños Estados. Vanidosos y ciegos, se reservan la soberanía de su propia miseria, y mientras disputan con sus vecinos mezquinas lonjas territoriales, los grandes Imperios, poderosos por esta balcanización, ofrecen sus buenos oficios como árbitros de nuestras disensiones de campanario. En el siglo que presencia el movimiento de las nacionalidades, nuestra América indoibérica pierde su unidad nacional. En nuestros días se festeja esa tragedia: esta monstruosidad no hace sino iluminar sombriamente la pérdida de la conciencia nacional latino-americana.» (O. c., pág. 14.)

Unas frases inglesas sobre Argentina —que no es, evidentemente, el más pequeño de los países iberoamericanos— nos revela cómo esta participación del viejo Imperio es aprovechada para una dominación económica, esta vez perfectamente colonial. En la revista inglesa «The Statist» se decía, en 1939, sobre el país del Plata, algo que puede servir de símbolo y muestra para toda Iberoamérica:

«Es necesario no perder de vista que la actual económica argentina es la consecuencia de una acción deliberada de la Gran Bretaña. En el siglo pasado, nuestros banqueros y comerciantes llegaron a la conclusión de que los productos alimenticios que antes obteníamos en su mayor parte de los Estados Unidos, resultaban anormalmente caros. Se preocuparon entonces de encontrar un país que pudiese suministrarlos los productos a precios más bajos. En las llanuras del Plata encontraron ese país... Económicamente, la República Argentina es hoy, en gran parte, lo que nosotros hemos querido que ella sea.» (Según «La Nación», Buenos Aires, 11 de abril de 1939.)

Recordemos las palabras del Presidente norteamericano a los industriales manchesterianos que a mitad del pasado siglo le proponían aceptar el dogma librecambista: *ya lo aceptaremos cuan-*

do tengamos desarrollo similar al de ustedes. Recordemos estas palabras y enfrentémoslas con las de un vicepresidente argentino, quien, en Londres, hacia el año 1930 —¡todavía en 1930!—, en un discurso ante el Príncipe de Gales, recogía, como frase feliz, la definición dada por un miembro de su delegación: *La Argentina, por su interdependencia recíproca, es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio Británico.*

El monopolio que sobre los nuevos Estados ejercen las oligarquías respectivas —lo que podemos llamar, en una frase perfectamente descriptiva, «las mil familias criollas»—, impone un sello claramente colonial a lo que, farisaicamente, se va a llamar Independencia. Fracasado el pueblo en sus primeros intentos de emancipación y de conquista de la tierra, la oligarquía «independiente» puede contar con él como mano de obra barata para sus haciendas y minas. Las posibilidades de una democracia verdadera, en donde el pueblo cuente y decida, se esfuman. Y también se esfuma la posibilidad de una revolución burguesa, porque la pre-burguesía, la incipiente industria manufacturera, se hunde al día siguiente de la Independencia, ahogada por la invasión de productos europeos a precios muy inferiores.

El liberalismo económico, que aplicado en el interior de una gran unidad podía haber ayudado y haber sido el cauce de la revolución industrial iberoamericana, fue aceptado como doctrina propia de la oligarquía en el terreno de las relaciones económicas con las potencias europeas. Ello produjo el esplendor de la propia clase, pero también el estancamiento de los países y el sangrante retroceso relativo frente a las grandes potencias. Se probaba una vez más, en el terreno de la economía, que el librecambismo, la anulación de las barreras entre países de muy diverso grado de desarrollo, no produce la nivelación —cómo si se tratara de alturas en las esclusas—, sino una acentuación todavía más radical de los desniveles precedentes.

Al liberalismo económico en el terreno del comercio internacional, bajo el modelo inglés, se vino a unir el individualismo jurídico importado de Francia, según el modelo del Código napoleónico. Los intereses oligárquicos se vieron beneficiados por la extirpación de todas las propiedades no individuales. La destrucción ahora definitiva de las comunidades indígenas y el fin de la propiedad territorial de la Iglesia —verdaderamente excesiva en

muchos casos—, incrementaron los grandes latifundios individuales. Todo el capital se invirtió en la compra barata de nuevas tierras, y ninguno en industrias. Nuevas levas de campesinos desheredados, de indígenas desposeídos de sus propiedades comunales, se fueron transformando en masa de peones, muchas veces pagada solamente con una deficientísima y miserable alimentación.

Esquemmatizando los resultados de esta orientación falsa de la vida americana en el siglo XIX, hemos de señalar estos puntos:

En primer lugar: el aplastamiento, la desaparición de la incipiente burguesía industrial nacional, y por lo tanto, la imposibilidad de una revolución burguesa industrial.

La libertad de comercio destruyó todas sus posibilidades, al tiempo que beneficiaba a los grandes exportadores. Pero es interesante comprobar que esta destrucción no se hizo sin alguna resistencia por parte de la naciente burguesía manufacturera, y por parte, también, de quienes pretendían una especie de planificación estatal impulsora.

En el caso concreto de Argentina, en los albores de su vida independiente, un hombre que había sido con anterioridad defensor del librecambismo, Mariano Moreno, cobra conciencia nacional y expone un «Plan de Operaciones» en agosto de 1810. Consistía el «Plan» en la expropiación de 5 ó 6.000 miembros de las grandes familias para reunir un capital de 200 a 300 millones de pesos. Estos

«serían puestos en diferentes giros en el medio de un centro, facilitando fábricas, ingenios, aumento de agricultura, etc.»

«Una cantidad de 200 ó 300 millones de pesos —añade Moreno—, puestos en el centro del Estado para la fomentación de las artes, agricultura, navegación, etc., producirán en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesite para la conservación de sus habitantes, no habiendo de aquellas manufacturas que, siendo como un vicio corrompido, son de un lujo excesivo e inútil, que deben evitarse principalmente porque son extranjeras y se venden a más oro de lo que pesan.»

En el plan de Moreno, el Estado se reservaba funciones direc-

toras y, sobre todo, el impulso hacia un capitalismo nacional, mediante la importación de nuevas maquinarias y nuevas técnicas.

La tesis morenista, planteada antes de la definitiva independencia, fracasa prontamente. El mismo Moreno va a desaparecer del mundo de los vivos en circunstancias nada claras.

De la misma forma fracasa, por la acción de la masonería norteamericana, el plan de unión aduanera iberoamericana elaborado por el mexicano Lucas Alaman.

En segundo lugar: el sometimiento pleno de las masas populares, la consolidación —frente a los ideales igualitarios de la Revolución Francesa, que se decían aceptar— de un sistema de castas permanentes, absolutamente ajenas, situadas sobre mundos completamente opuestos. Mientras los niveles de vida de la oligarquía alcanzaron las cimas de cualquier burguesía europea, los niveles de vida del pueblo llegaron incluso a descender. En México, por ejemplo, durante los años finales de Porfirio Díaz —fin del siglo xix y principio del xx—, el jornal medio campesino era de unos 36 centavos, lo que representaba un aumento del 40 por 100 respecto al jornal medio de un siglo antes —concretamente en 1792—. Pero ello sólo nominalmente. Porque, en valor adquisitivo, esos 36 centavos eran sólo un tercio del valor adquisitivo del jornal de finales del siglo xviii.

La descripción de este sometimiento popular exigiría muchas páginas de dedicación especial. Es una larga historia en que, bajo la apariencia de la aceptación de todos los derechos que proclamó la revolución liberal, bajo las invocaciones oficiales más nobles, se consolida una situación semifeudal anterior, con adscripciones de los campesinos a la tierra, como si fueran siervos de la gleba, con prestaciones personales, con los derechos más brutales de la época feudal sobre la vida y el honor de las familias labradoras.

El parlamentarismo imperante viene a ser, sobre este sistema de castas, un juego ficticio, y las luchas de partido, simples conflictos internos de la oligarquía.

El drama que vivieron, y que en gran medida siguen viviendo las sociedades iberoamericanas, no es, como dicen los patrones establecidos, una pugna entre tendencias democráticas y tendencias dictatoriales. Democracia y Dictadura se muestran como formas ficticias, bajo las que existe la pugna profunda y verda-

dera entre lo que podemos llamar Oligocracia y Pueblocracia. Unas veces la Dictadura significa la implantación violenta de los intereses oligárquicos y coloniales, pero también, por el contrario, otras veces, la Dictadura aparece sirviendo los intereses del pueblo frente a las minorías. Sería largo poner ejemplos. Basta con indicar el caso concreto del Paraguay del doctor Francia y de Solano López, país que realiza una política nacional que le coloca, frente a todas las dificultades derivadas de su situación en el mapa americano, como uno de los países más adelantados, de desarrollo económico más prometedor. Pero país que ve anulado su intento cuando se vuelca sobre él una de las guerras de exterminio más feroces que se ha vivido en Iberoamérica, la emprendida por la Triple Alianza de Brasil, Uruguay y Argentina.

En tercer lugar, podemos hablar de una verdadera colonización mental americana, de una desnacionalización del espíritu en las minorías directoras. Las oligarquías se sienten avergonzadas del pasado hispánico y lamentan no haber sido productos de una colonización anglosajona.

Son los tiempos en que el chileno Francisco Bilbao, en su «Evangelio americano», libro que va a servir de texto de lectura en las escuelas argentinas, afirma que para los Estados Unidos de Iberoamérica su «progreso consiste en desespañolizarse». Y añade:

«La España nos educó para la muerte y para la servidumbre. Conozcamos esa educación para rechazarla y entrar a la vida y a la libertad.»

Son los tiempos en que, con extremismo en el fondo verdaderamente hispánico, Domingo Faustino Sarmiento pretende desterrar hasta el idioma español. Cuando Sarmiento visita el viejo continente, llega a España y anuncia un propósito:

«He venido a España con el santo propósito de levantarle el proceso verbal, para fundar una acusación que, como fiscal reconocido ya, tengo de hacerle ante el tribunal de la opinión en América.»

Cuando vuelve a la Argentina, marcando bien las diferencias, dice:

«He estado en Europa y en España.»

Este mismo Sarmiento, tan moderno, tan genial desde otros puntos de vista, tan lleno de altos ideales humanos, va a ser uno

de los principales defensores del exterminio de las tribus indígenas de la pampa, a fin de facilitar la colonización europea, abstenida por el temor a las incursiones indias. (Porque unos hispanófilos acusan a la acción colonizadora ibérica por exterminar a los indígenas y otros, por todo lo contrario, por haberlos dejado, impidiendo la edificación de naciones puramente europeas.)

Finalmente, se produce la progresiva colonización económica, la subordinación comercial a las grandes potencias consumidoras de materias primas y exportadoras de manufacturas.

El gran latifundismo, extendido por la conquista de la tierra de las comunidades indígenas, de las zonas comunales de los municipios y de las propiedades de la Iglesia, tiende sobre el continente una vasta plataforma adecuada al monocultivo. Aceptada la idea de la distribución internacional del trabajo, cada una de las parcelas nacionales se incorpora a la producción de una sola materia: carnes, cereales, café, etc., productos a los que más tarde se incorporarán los de naturaleza mineral: cobre, salitre, estaño o petróleo.

Sarmiento mismo expresa:

«No somos industriales ni navegantes y la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primas.»

Pero el hecho, comprobado constantemente por la experiencia, es que los países que montan su economía sobre la exportación de productos primarios son progresivamente más pobres, más distantes de los grandes países industrializados.

Como nos recordaba Arturo Jautetche hace unos años:

«En el mundo no hay una economía cosmopolita: hay naciones en diversos estadios de desarrollo. Por lo tanto, no se dan las condiciones teóricas de la competencia perfecta.»

Y agrava esta circunstancia el que los capitales extranjeros se acercan normalmente a estos países atrasados, no con el ánimo de impulsar las economías locales, sino —lo que en definitiva es lógico— con el de apoderarse de las principales fuentes de riqueza y ponerlas al servicio de los intereses metropolitanos.

En la Iberoamérica del siglo XIX se produce este fenómeno: En la primera mitad del siglo, el interés de estas Metrópolis, sobre todo de la inglesa, es simplemente la adquisición de materias

primas y alimenticias a precios baratos y la colocación de sus productos industriales. Después, en la segunda mitad del siglo, y sobre todo a partir de 1870, el interés se aumenta con la aplicación de capitales a industrias extractivas y de comunicación. Capitales europeos, y después norteamericanos, se invierten en la adquisición de ingenios, haciendas, minas, pozos petrolíferos, por un lado, y, por otro, en la creación de unas redes ferroviarias de comunicación —casi siempre a cargo de Inglaterra—, que no sirven para comunicar unas regiones con otras dentro de cada país, o para unir un país al vecino, sino para poner en contacto las zonas productoras con los puertos de embarque. Así, las comunicaciones que se montan en el siglo XIX iberoamericano componen una auténtica red ferroviaria colonial.

«En 1880 —dice Víctor Alba—, Inglaterra había colocado dos millones y medio de libras esterlinas en América Latina, suma que ya era de 167 millones en 1891. Los capitales ingleses prestaron atención, sobre todo, a los frigoríficos argentinos y uruguayos, a las minas de estaño de Bolivia, al petróleo mexicano, a los ferrocarriles, tranvías y centrales eléctricas de la mayoría de los países.» («Esquema histórico del movimiento obrero en América Latina»; México, s. f. (¿1957?), pág. 15.)

Lo que no hizo este capital exterior — y no puede sorprender el hecho— es atender al desarrollo industrial local, a la creación de una industria básica. Explotará las minas de estaño, por ejemplo, pero no instalará refinerías.

No obstante, esta incorporación del capital extranjero en los últimos años del siglo, tiene una doble importancia:

Por un lado, hace brotar una nueva burguesía local, en conexión con sus propios intereses, y que, por esta misma conexión, no tiene ningún carácter nacional. La mentalidad de este nuevo brote burgués está ligada aún a los intereses coloniales.

Por otro lado, aumentando el ritmo de inmigración de mano de obra especializada europea, hace brotar un movimiento social y sindical también con mentalidad prestada, que no responde a los íntimos problemas del país, sino a los conflictos y luchas de la experiencia social europea. Así se reproducen en el nuevo continente las luchas proletarias entre socialismo y anarquismo, so-

bre una realidad que aún no ha pasado por la Revolución Francesa.

AFIRMACIÓN DE IBEROAMÉRICA.

Cuando el siglo XIX concluye, nos encontramos, pues, con un panorama en que la oligarquía sigue conservando su control pleno, en que un nuevo brote de burguesía no tiene ya el carácter de industrialismo nacional, sino de simple grupo auxiliar del capital extranjero, y en que el pueblo, en su mayoría campesino, no aparece más que en esporádicas y sangrientas irrupciones, pronto aplastadas, mientras que en su nombre, un nuevo proletariado, todavía muy reducido y de procedencia europea, impone un planteamiento social muy lejano.

Tiene que adentrarse bien el siglo XX para que las condiciones comiencen a variar. A través de la irrupción de una nueva clase media, los gérmenes nacionales retornan. Con los grandes conflictos mundiales de 1914 y, sobre todo, de 1939, surge ya con vigor una auténtica burguesía nacional. Y con el proceso de industrialización intensiva que ésta encabeza, el proletariado se nacionaliza profundamente al integrarse mayoritariamente por hombres procedentes del interior, y no ya por los emigrantes.

La estructura de castas, con oligarquía y pueblo distantes y absolutamente enfrentados, entra en crisis. Por todas partes se plantea— desde la Revolución Mexicana— una batalla de los intereses nacionales, no siempre unidos, de pueblo y burguesía, contra los intereses coloniales oligárquicos.

Las acciones de los movimientos de clase media, demócratas, de los Yrigoyen, los Alessandri o los Madero, son el primer anuncio de que el monopolio de las mil familias entra en crisis. Después vendrán los amplísimos movimientos de naturaleza popular y nacional.

Pero todo esto es ya otra historia, es la historia de nuestros días, la historia que hacemos, nuestra propia lucha actual, que pone fin definitivamente al siglo XIX.

En este siglo XX de nuestras luchas, se ha hecho ya un verdadero milagro histórico. Iberoamérica ha contestado a la zozobra de la interrogación sobre nuestra problemática, ha con-

testado a la dolorida interrogación de Rubén Darío ante el cuello de los cisnes, con una rotunda afirmación de su propia personalidad. Sí: sabemos ya que, sea cual sea el futuro iberoamericano, Iberoamérica no desaparecerá como ser histórico diferenciado, que su personalidad es ya indiscutible. Este ha sido el milagro popular del mundo ibérico frente a la deserción de las minorías. Frente a todos los propósitos de los disgregadores, el pueblo ibérico está ahí, más uno y más el mismo que en las vísperas de la emancipación.

Ese hecho vital de nuestro pueblo nos pone alegría de optimismo en nuestro enfrentamiento con la historia futura del mundo, pese a todas las negruras del momento presente.

El siglo XIX fue el siglo en que todas las potencias disgregadoras se concertaron en la disgregación del mundo ibérico. El siglo XIX fue también el siglo en que se realizó la ingente hazaña popular de resistir y vencer en su ser íntimo a todas esas potencias de disgregación.

Sobre esta base, el siglo XX está siendo el de la revolución antioligárquica de nuestro pueblo, y el que realizará la unidad en una sola Patria de nuestros países para retornar unidos a la gran historia universal.

No es difícil prever que el siglo XXI será el gran siglo de Iberoamérica. Nuestro mundo ibérico realizará, entonces, revolucionado y unido, frente a todas las dramáticas y amenazadoras tensiones de continentes, culturas y razas hoy crispadamente enfrentadas, una cristiana misión síntesis de armonía y paz, por la suprema razón histórica de su realidad y su destino mestizos.

RESUMEN

A finales del siglo XVIII, los virreinos españoles de América eran más vigorosos que el conjunto de las trece ex-colonias inglesas que estaban formando los Estados Unidos. ¿Cómo es que, al cabo de siglo y medio, Iberoamérica es una de las tres grandes zonas subdesarrolladas de la tierra —un conjunto de países divididos y semicoloniales—, mientras que Norteamérica es la primera potencia mundial?

La contestación a esta interrogante se encuentra en la distinta respuesta que al desafío industrial de Inglaterra —primer país que implanta el maquinismo, que le permite competir con enorme ventaja con las economías artesanales— van a dar una y otra. Los Estados Unidos —como los principados alemanes— reducen a unidad la dispersión y levantan en torno del conjunto una barrera aduanera protectora que les permite industrializarse. Iberoamérica reduce a dispersión la unidad y se abre al libre-cambismo internacional, estancándose así en una economía de monoproducción, suministradora de materias primas, colonial.

Esta orientación es obra de las oligarquías, quienes —formadas ya económicamente bajo el poder español— se apoderan en forma total de los países iberoamericanos después de la Independencia. Desde el punto de vista económico, las oligarquías criollas tenían capacidad colonial, mientras que España no tenía capacidad metropolitana. Por eso aplastaron, primero, la ola independizadora inicial —que tenía un claro sentido de revolución agraria, de recuperación popular de la tierra—, e impusieron, después, su propia independencia, para encontrar una metrópoli económica verdadera.

El control oligárquico de la vida independiente es el verdadero cáncer que, hasta el presente, impide el desarrollo iberoamericano. La oligarquía terrateniente impone sus intereses de grandes latifundistas —la exportación sin trabas, la libertad comercial internacional—, sacrificando los intereses generales. Así se produce: el aplastamiento de la incipiente burguesía industrial nacional; el sometimiento pleno de las masas populares; la colonización mental, y la progresiva colonización económica.

En virtud de la penetración capitalista extranjera, los nuevos brotes de burguesía, y en virtud de su inmediata procedencia europea, los primeros brotes proletarios, carecen ambos, en un principio, de sentido nacional. Tiene que adentrarse bien el siglo XX para que estos sectores se nacionalicen y lleguen a plantear —no siempre en unidad— la lucha antioligárquica, antilatifundista, anticolonial.

RÉSUMÉ

A la fin du XVIII^{ème} siècle, les vice-royaumes espagnols d'Amérique étaient plus vigoureux que l'ensemble des treize ex-colonies anglaises qui formaient les États-Unis. Comment se fait-il qu'un siècle et demi après, l'Amérique ibérique soit une des trois grandes zones sous-développées de la terre —un ensemble de pays divisés et semi-coloniaux—, alors que l'Amérique du Nord est la première puissance mondiale?

La solution de cette question se trouve dans la réponse différente que chacune d'elles a donnée au défi industriel de l'Angleterre —premier pays qui implante le machinisme qui lui permet de concurrencer avec un énorme avantage les économies artisanales—. Les États-Unis —comme les principautés allemandes— réduisent à l'unité la dispersion et élèvent autour de l'ensemble une barrière douanière protectionniste qui leur permet de s'industrialiser. L'Amérique ibérique réduit l'unité à la dispersion et s'ouvre au libre-échange international, stagnant ainsi dans une économie de monoproduction, de fournisseurs de matières premières, une économie coloniale.

Cette orientation est l'oeuvre des oligarchies qui, ayant déjà effectué leur formation économique sous la puissance espagnole, s'emparèrent d'une manière totale des pays ibéro-américains après l'Indépendance. Du point de vue économique, les oligarchies créoles avaient une capacité coloniale, alors que l'Espagne n'avait pas de capacité métropolitaine. C'est pourquoi elles écrasèrent, d'abord, la vague d'indépendance initiale —qui avait un sens net de révolution agraire, de récupération populaire de la terre— et imposèrent ensuite leur propre indépendance pour trouver une métropole économique véritable.

Le contrôle oligarchique de la vie indépendante est le véritable cancer qui, jusqu'à maintenant, empêche le développement ibéro-américain. L'oligarchie des grands propriétaires impose ses intérêts —l'exportation sans entrave, la liberté commerciale internationale— en sacrifiant les intérêts généraux. Ainsi se produisent l'écrasement de la bourgeoisie industrielle naissante, la soumission totale des masses populaires, la colonisation mentale et la colonisation économique progressive.

En vertu de la pénétration capitaliste étrangère, les nouveaux noyaux de bourgeoisie et, en raison de leur origine européenne immédiate, les premiers noyaux de prolétaires, manquent tous, au commencement, de sentiment national. Il faut entrer très avant dans le XX^{ème} siècle pour

que ces secteurs aient un sentiment national et arrivent à poser —et pas toujours dans l'unité— la lutte contre l'oligarchie, les «latifundia», la structure coloniale.

SUMMARY

At the end of the 18th century, the Spanish viceroys in America were more vigorous than the collection of former English colonies which were beginning to form the United States. How is it that, after a century and a half, Latin America is one of the three great underdeveloped zones of the world—a collection of divided and semicolonial countries—, while North America is the leading world power?

The answer to this question is found in the different reply which they were going to give to the industrial challenge of England—the first country to introduce the machinery which allowed it to compete with an enormous advantage with the artisan economies—. The United States—like the German princedoms— reduced dispersion to unity and raised around the group a protective Customs barrier which enabled them to industrialise themselves. Latin America reduced unity to dispersion and opened itself to international free trade, thus stagnating in an economy of monoproduction, supplying raw materials, colonial.

This orientation was the work of the oligarchies which, economically formed under the Spanish power, took complete charge of the Latin American countries after Independence. From the economic point of view, the Creole oligarchies had colonial capacity, while Spain did not have the capacity of a mother country. They therefore crushed, in the first place, the initial wave in favour of independence—which had an obvious sense of agrarian revolution, of popular recovery of the land—and then imposed their own independence, thus finding a true economic mother country.

Oligarchic control of independent life is the real cancer which has so far prevented Latin American development. The land-owning oligarchy imposes the interests of its own members as owners of great estates—export without hindrance, international commercial freedom—and sacrifices the general interests. This produces the crushing of the incipient industrial bourgeoisie of the nation, the complete submission of the popular masses, mental colonisation and progressive economic colonisation.

Because of foreign capitalist penetration, the new buds of bourgeoisie, and because it comes immediately from Europe, the first buds of proletariat, both lack, at the beginning, a national feeling. The 20th century will have to be well advanced for these sectors to nationalise themselves and for it to be possible to put into action—not always in unity—the struggle against oligarchy, against the owners of latifundia, against colonialism.